

Seymour M. Hersh

Memorias
del último
gran periodista
americano

Reportero



«Una lectura
esencial para
cualquier periodista
o aspirante
a periodista
del mundo.»

John le Carré

«Simplemente
el más grande
reportero
de investigación
de su era.»

The New Yorker

PENÍNSULA HUELLAS

Reportero

Seymour M. Hersh

Memorias del último gran periodista americano

Traducción de Juanjo Estrella

ediciones península

Título original: *Reporter*

Copyright © 2018 by Seymour M. Hersh

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Primera edición: junio de 2019

© de la traducción del inglés: Juanjo Estrella González, 2019

Iconografía: Grupo Planeta

Las imágenes de los pliegos, excepto aquellas en las que figura el crédito correspondiente, pertenecen al archivo personal del autor.

Se han hecho todos los esfuerzos posibles por contactar con los titulares de los derechos de autor de las imágenes, si los hubiere. En caso de omisión, sea por el motivo que fuere, se deberá contactar directamente con los editores.

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 9.047-2019
ISBN: 978-84-9942-827-7

ÍNDICE

Introducción	11
1. Los inicios	15
2. City News Bureau	29
3. Interludios	39
4. Chicago y la AP	55
5. Por fin Washington	71
6. Varias escuchas y un libro	97
7. Una campaña presidencial	105
8. En busca de las armas biológicas	135
9. Tras la pista de Calley	151
10. Un descrédito nacional	177
11. Al <i>New Yorker</i>	203
12. Por fin	231
13. Watergate y mucho más	257
14. Henry y yo	269
15. El terremoto	301
16. A Nueva York	323
17. Kissinger de nuevo y algo más	361
18. Un bis en el <i>New Yorker</i>	391
19. Guerra al terror	429
Agradecimientos	481
Índice temático	483

LOS INICIOS

Me crié en el South Side de Chicago. No conocía absolutamente a nadie en la profesión periodística y mostraba poco interés por el mundo que quedaba más allá de nuestro parque más cercano. Leía, eso sí, las páginas de deportes del periódico y, los domingos, las tiras cómicas. Mis padres eran inmigrantes judíos (mi padre, Isadore, de Lituania; mi madre, Dorothy, de Polonia). Habían desembarcado en la isla de Ellis en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial y por algún motivo fueron a parar a Chicago, donde se conocieron y se casaron. No creo que ninguno de los dos, una vez instalados en Estados Unidos, cursara la educación secundaria: había que ganarse la vida, dar de comer a la familia. Llegaron cuatro hijos, de dos en dos: dos pares de gemelos. Mis hermanas, Phyllis y Marcia, nacieron en 1932, cinco años antes que mi hermano Alan y yo. Ninguno de nosotros entendíamos del todo qué había llevado a mis padres a abandonar a sus familias, a dejar su lugar de origen y embarcarse en la larga travesía hacia América. Aquella fue una conversación que no tuvimos nunca, del mismo modo que no se hablaba jamás de su falta de formación académica.

Pertenecíamos a la clase media-baja. Mi padre era el dueño de una tintorería situada en Indiana Avenue 4507, en el centro de lo que por entonces ya era, y sigue siendo, el gueto negro del

South Side de Chicago. Allí se trabajaba de siete de la mañana a siete de la tarde, y los envíos a domicilio hacían que él muchas veces trabajara una hora más. Apenas Al y yo llegamos a la adolescencia se dio por sentado que trabajaríamos en el negocio cuando nos lo pidieran, los fines de semana y las tardes más ajetreadas de la semana. Mi hermano y yo temíamos a nuestro padre, un hombre de fuerte temperamento y cuya idea de diversión los domingos era levantarse temprano, llevarnos a la tintorería, fregar el suelo y dirigirse luego, en nuestra compañía, a un baño ruso del West Side de Chicago (desaparecido hace ya mucho tiempo), donde sudábamos y nos frotábamos la piel con ramas ásperas de abedul. Nuestro placer llegaba después: allí había una piscina pequeña a la que nos tirábamos, y para almorzar tomábamos arenques frescos y zarzaparrilla. Papá era un hombre misterioso. Hasta seis décadas después de su muerte no supe que había nacido en Šeduva, un pueblo de campesinos en el que residía una importante comunidad de judíos y que estaba situado unos ciento cincuenta kilómetros al noroeste de la capital, Vilna. En agosto de 1941, la población judía de Šeduva, que era de 664 habitantes, incluidos 159 niños, fue conducida a las afueras de la localidad, y todos ellos, uno a uno, fueron ejecutados por un comando alemán que contaba con el apoyo de colaboracionistas lituanos. Mi padre nunca hablaba de la Alemania nazi ni de la Segunda Guerra Mundial. A su manera, Isadore Hersh era tanto un superviviente del Holocausto como un negacionista de ese mismo Holocausto.

Con todo, mi padre sí me contó que, poco después de su llegada a Estados Unidos, había ganado unos pocos dólares tocando cantos de pájaro con un violín. Aquello era solo un cuento hasta que, bajo mucha presión, mi hermano y yo empezamos a recibir lecciones de violín los domingos por la tarde a cargo de David Moll, que al término de la guerra era violinista de la Sinfónica de Chicago. Al y yo arañábamos el instrumento

de manera patética durante más o menos una hora, y después Moll y mi padre, incansables, tocaban duetos. La verdad es que mi padre tocaba bien, pero nunca lo hacía más allá de aquella hora que pasaba con Moll. Recuerdo solo otro de sus placeres: una vez al mes, un sábado por la noche, jugaba a las cartas con unos paisanos, otros refugiados de Šeduva que, como él, eran dueños de pequeños comercios y por algún motivo habían acabado en Chicago.

Mi padre nunca acabó de entender bien Estados Unidos. Cuando Al y yo estábamos en segundo de bachillerato, dejamos nuestro austero apartamento, en lo que creíamos que era una numerosa comunidad judía de la Calle 47, y nos trasladamos a unos edificios nuevos a varios kilómetros de distancia, en un extremo del South Side. Debió de ser, sin duda, idea de mi madre. Nuestro nuevo hogar era una casa esquinera y formaba parte de un complejo residencial. Estaba llena de muebles nuevos envueltos en plásticos y fuera había un pequeño parterre con césped. A nosotros no nos gustaba nada, aunque tenía dos cuartos de baño, porque nos alejaba de nuestros amigos y de los campos de juegos que conocíamos tan bien. Pocos días después de mudarnos, yo estaba con mi padre, que regaba el jardín metódica y silenciosamente (siempre estaba callado, hasta que se enfadaba por algo). En un determinado momento llegó uno de nuestros nuevos vecinos esbozando una sonrisa de oreja a oreja. Más irlandés no podía ser, hasta en su acento. Dijo que se llamaba McCarthy y nos dio la bienvenida a la comunidad. Mi padre le estrechó la mano y le preguntó con tristeza: «¿No profesará usted por casualidad la fe judía?». Aún siento la mortificación que me invadió al entrar corriendo en casa, profundamente avergonzado. Seguramente mi madre también se esforzaba por adaptarse a Estados Unidos, pero supongo que ella encontraba cierto consuelo feliz en su obsesión con la cocina. La comida se convirtió en su medio de comunicación esencial. Lo cierto es que horneaba deliciosas

galletas y todo tipo de pastas. Todavía conservo el sabor de sus *strudels* de manzana, aunque no recuerdo haber compartido nunca pensamientos íntimos con ella.

Papá fumaba tres paquetes de Lucky Strike al día; a mí me inquietaban mucho sus toses nocturnas, y le diagnosticaron cáncer agudo de pulmón cuando yo apenas tenía dieciséis años. A causa de ello yo nunca he fumado, más allá de algún que otro porro. Se sometió a una operación infructuosa, y la enfermedad siguió extendiéndose durante un año, con metástasis en el cerebro. A mí se me designó como su cuidador porque me daba menos miedo que al resto de los familiares contrariarlo en algo y recibir sus azotes, lo que ocurría a veces, azotes que me propinaba con un asentador de cuero que usaba para afilar la navaja con la que se afeitaba todas las mañanas. Uno de mis primeros recuerdos es el de contemplarlo embobado cuando afilaba su temible navaja y se afeitaba con gran cuidado. Mi padre no era nada comunicativo, pero interiormente sentía rabia por el destino que le había tocado vivir. Y por el nuestro. Yo lo notaba. Murió a finales de julio de 1954, a los cuarenta y nueve años, un mes después de que mi hermano y yo termináramos el bachillerato.

Yo estuve a punto de no aprobar, porque, como mi padre, me había sumido en la tristeza. Siempre había sido ávido a la hora de aprender, no había que animarme a estudiar, a los trece años me había apuntado al Club del Libro del Mes, y enviaba puntualmente un dólar para recibir a cambio la selección mensual de obras de no ficción (casi siempre diatribas anticomunistas escritas por J. Edgar Hoover o gente que compartía sus ideas). Pero llegaban también algunas cosas deliciosas: extensas historias sobre la casa de los Habsburgo, estudios de la Iglesia católica romana y las cruzadas cristianas de la Edad Media. Pero el instituto pasó a importarme cada vez menos a medida que la salud de mi padre empeoraba. Me saltaba clases, no hacía los deberes, engañaba a los profesores y, de maneras

muy diversas, todas ellas antisociales, causaba unos problemas que nadie entendía, ni en el colegio ni en casa.

Llegué a un acuerdo con Alan, que llevaba años fascinado con la nueva ciencia de la cibernética (encabezada por su gurú, Norbert Wiener, desde el MIT, el Instituto de Tecnología de Massachusetts), para que se fuera de Chicago y se trasladara al campus de la Universidad de Illinois, al sur del estado, concretamente en Urbana, en el condado de Champaign, a dos horas en coche de casa. Se daba por sentado que, a cambio, él se haría cargo de nuestra madre cuando se graduara. Al estudió ingeniería electrónica y fue el orgullo de toda la familia cuando prosiguió con sus estudios hasta obtener un doctorado en dinámica de fluidos en la Universidad de California Los Ángeles.

Yo no me enfadé, porque desde hacía tiempo estaba mucho más implicado que Al en la tintorería de mi padre, con sus olores continuos a taller barato y a los vapores que salían de aquella máquina que planchaba trajes y abrigos. Yo quería asegurar la supervivencia de aquel negocio precario para que mi madre pudiera seguir dedicándose a sus cacharros y sus harinas. ¡Qué me van a contar a mí de desubicación! No importaba que dos compañeros de instituto y yo hubiéramos obtenido la puntuación máxima en el test de inteligencia estándar durante nuestro último curso. Ellos dos se habían matriculado en Harvard y yo no tenía ni idea de lo que iba a hacer, más allá de seguir con la pequeña empresa familiar. Hacía tiempo que mis hermanas se habían ido de casa, así que estaba solo con mi madre, en una casa que no me gustaba nada, y trabajaba en la tienda. En ese momento de mi vida, ser inteligente no tenía la menor relevancia. Pero no dependía de nadie y tomaba las decisiones que creía que debía tomar, por más que estas me mantuvieran anclado a Indiana Avenue.

Pocas semanas después de la muerte de mi padre recibí una primera lección de ética empresarial por parte de Benny Rubenstein, el patriarca de la sinagoga de nuestro antiguo barrio,

a la que ni se acercaba ningún miembro de nuestra familia, agnósticos todos, por más que Al y yo sí hubiéramos asistido allí a clases de hebreo, sobre todo porque estaba al lado de un gran campo de sóftbol. Benny, que había sobrevivido al Holocausto, era un anciano menudo y flaco de más de ochenta años, con una gran nariz y unas pobladas matas de vello blanco que le salían de las orejas. Hacía calor, uno de esos días bochornosos de pleno verano, y en su apartamento, como en todos los del barrio, no había aire acondicionado. A mí me mosqueaba un poco que me hubiera convocado Benny y, cuando estaba entrando por la puerta, él alargó la mano y cazó al vuelo una mosca, la aplastó y la soltó. Probadlo alguna vez. Siempre me acordaré de las palabras que pronunció, con el acento yidis más marcado que había oído nunca. «Seymour, ahora eres el hombre de la casa y debes cuidar de tu madre. Así que voy a darte un consejo de empresario. Jódelos tú antes de que te jodan ellos a ti.» Yo no daba crédito. ¿Acababa de usar el verbo «joder» dos veces? ¿Se refería a los nazis o a algún potencial socio de la empresa? Salí de aquel piso lo antes que pude.

Un mes después, seguí el único camino que me quedaba: yo, que era generalista, que odiaba las ciencias y que devoraba novelas y libros de historia, me matricularía en una escuela superior para cursar dos años de diplomatura. Estaba en el centro de Chicago y no exigía requisitos de admisión más allá de la solvencia mínima para abonar los cuarenta y cinco dólares al semestre que costaba una taquilla. La escuela, conocida como la Navy Pier, la había abierto la Universidad de Illinois en la inmediata posguerra en una antigua base de instrucción de la Marina que se adentraba casi un kilómetro en el lago Michigan. Estaba pensada para alojar a veteranos regresados con pocos recursos y muy necesitados de recibir una educación. Transcurridos esos dos primeros años, los alumnos debían trasladarse al campus principal de Urbana-Champaign para graduarse.

Mis horarios semanales me obligaban a abrir la tienda a las siete de la mañana y después, cuando llegaban refuerzos, recorrer en coche los pocos kilómetros en dirección sur que me separaban de la escuela para asistir a las clases. Recuerdo avanzar por un patio central en penumbra al que daban unas aulas húmedas, forradas de madera, que en sus orígenes se habían usado para explicar navegación y otras materias a los hombres que se iban a la guerra. Yo detestaba sobre todo las clases obligatorias de gimnasia, en las que todos los alumnos varones debían correr trescientos metros en menos de un minuto, o al menos intentarlo. No conocía a nadie en la escuela y no hice ningún amigo. Me pasaba el día conduciendo de un sitio a otro, yendo a clase, corriendo por una pista de atletismo y volviendo a la tienda.

Y, sin embargo, allí fue donde cambió mi vida, donde tal vez me salvé, por una intervención que conseguí mantener reprimida en mi mente durante tres decenios. Avancemos hasta 1983, hasta los meses posteriores a la publicación de mi libro *The Price of Power* [El precio del poder], una mirada muy crítica de la carrera de Henry Kissinger en la Casa Blanca. Trabajaba en Washington D. C., estaba felizmente casado y tenía tres hijos, y mis días en la Navy Pier se habían borrado totalmente de mi memoria. El libro tuvo mucha repercusión, defensores y detractores, y recibí muchísimas cartas. Una de ellas, mecanografiada con esmero, era de un profesor de la Universidad de Illinois llamado Bernard Kogan, que se presentaba afirmando que acababan de concederle el doctorado en filosofía por la Universidad de Chicago y que, en el otoño de 1954, había impartido un curso de literatura moderna en la Navy Pier. «Querido señor Hersh —empezaba el texto—: Estoy seguro de que no me recuerda.» Y, en efecto, así era, y seguía sin recordarlo incluso después de leer sus razones para escribirme. «Yo intercedí por usted, y eso es algo que solo he hecho dos veces a lo largo de mi carrera. En un caso fue para

beneficiar a un joven que ha llegado a ser cirujano y ha salvado muchas vidas. La otra intervención fue en su caso. Estoy orgulloso de ambas.» Yo no tenía ni idea de qué me hablaba aquel hombre. Pero entonces, al releer la carta, todo regresó a mi memoria de golpe y se me llenaron los ojos de lágrimas. Retrocedí tres decenios, la clase había terminado. Yo intentaba pasar desapercibido en la última fila, como siempre, y me dirigía discretamente hacia la puerta cuando Kogan me llamó y me pidió que me acercara a hablar con él. Angustia total. ¿La habría cagado? Me fui hasta su mesa, y lo primero que me dijo fue: «¿Qué está haciendo usted aquí?».

«¿Qué está haciendo usted aquí?» Recuerdo haber comprendido exactamente lo que quería decir. Era una pregunta que llevaba semanas formulándome yo mismo. Le respondí entre dientes que mi padre había muerto y que no me quedaba otro remedio que ocuparme del negocio familiar. No recordé nada más hasta que estaba revisando estas memorias; entonces me vino al recuerdo que una semana antes había entregado un trabajo en el que comparaba una novela del inglés Somerset Maugham con un trabajo de un escritor estadounidense, tal vez Scott Fitzgerald, y Kogan me devolvió el texto corregido con un sobresaliente y salpicado de comentarios elogiosos. El profesor me sorprendió al preguntarme si iría con él a la oficina de matriculaciones de la Universidad de Chicago lo antes posible. Yo lo hice, ese mismo día o poco después completé el examen de ingreso que debían pasar todos los aspirantes, me aceptaron y me trasladaron de inmediato, pues el semestre acababa de empezar.

Allí me sentía como en casa, porque se potenciaba el pensamiento crítico y las asignaturas troncales no se basaban en la lectura de libros de texto sino en obras originales de eruditos y teóricos en las materias. Era también fundamental que la nota final en muchos de los cursos dependía solo de un examen escrito que duraba entre cuatro y seis horas. A mí se me daba

bien escribir, expresar siempre lo que quería expresar a la primera, y esa habilidad me sirvió para obtener en la universidad mejores notas de las que tal vez merecía.

En cuanto al maravilloso doctor Kogan, a las pocas semanas de recibir aquella carta volé a Chicago para encontrarme con él y dar una charla, a petición suya, ante la división de la ciudad de la sociedad académica honorífica Phi Beta Kappa, que había fundado él en la década de 1970. También tomé la decisión de mostrarme lo más disponible que pudiera para dar conferencias o participar en debates de clase para aquellos profesores de la zona de Washington que quisieran formular preguntas sobre la política exterior estadounidense tanto en la educación secundaria como en la universidad. Bernard Kogan y yo intercambiamos nuestra última correspondencia en 1998, cuando me contó que estaba enfermo. Con no poca satisfacción a finales del año anterior me había escrito: «Una cosa está muy clara, Seymour: ya no eres aquel jovencito callado al que convoqué y aconsejé que dejara las clases una tarde de la década de 1950». Gracias, doctor Kogan.

Mis días en la Universidad de Chicago eran emocionantes y divertidos. Abundaban los personajes excéntricos, muchos de ellos brillantes e iconoclastas, sin duda. Yo no era maoísta, ni platónico, ni socrático, pero excéntrico sí era, porque compaginaba mi educación con la gestión de la tintorería familiar y seguía viviendo en casa de mi madre. A pesar de todo, saqué tiempo para estudiar, jugar durante un año o dos a béisbol en el equipo universitario, apuntarme a una fraternidad, intentar entender a las chicas y madurar. En honor a mi madre debo decir que con el tiempo había ido implicándose más en la tintorería, que seguía yendo cuesta abajo pero que todavía nos proporcionaba los suficientes ingresos como para mantenernos a flote. Yo no tenía nada que ver con el periodismo, más allá de completar el crucigrama del *New York Times* todos los días, repasar los titulares y preocuparme por Ike, Nikita y la bom-

ba atómica. En 1958, cuando se acercaba ya el momento de la graduación para Alan y para mí, la libertad asomaba. Mi hermano, fiel al compromiso que había contraído, aceptó un trabajo de ingeniero en San Diego, se trasladó con su esposa y acondicionó un apartamento cercano para llevarse a nuestra madre. La tintorería se vendió a un empleado por poco dinero. Yo me instalé en un sótano de una sola habitación por el que pagaba doce dólares semanales. Estaba en Hyde Park, en el barrio del South Side de la universidad, y tenía un baño compartido. A mí me parecía maravilloso.

Había obtenido una licenciatura rasa en Lengua y Literatura Inglesas pero, al no tener las máximas distinciones, durante los meses siguientes no pude encontrar un buen trabajo. Mostraba mucho interés por la Xerox Corporation, a la que le faltaba un año para lanzar al mercado la primera fotocopiadora comercial. No recuerdo quién me alertó sobre la empresa, pero hacia el final del verano estaba más que claro que no estaban interesados en mí. Uno de mis mejores amigos de la universidad era David Currie, compañero del equipo de béisbol, cuyo padre, Brainerd, era un reputado académico del mundo del Derecho y profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago. A él también le encantaba el béisbol, y pasaba horas lanzándonos bolas altas a su hijo y a mí.

David se había ido a la Facultad de Derecho de Harvard un año antes; realizaba trabajos administrativos para Felix Frankfurter, juez del Tribunal Supremo, y durante más de cuatro décadas enseñó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago. Cuando fui a ver a su padre y le expliqué que, a pesar de lo avanzado del verano, deseaba que me admitieran a mí también en esta última facultad, el profesor Currie lo solucionó todo en cuestión de días. Como Bernard Kogan, él también veía más en mí de lo que veía yo mismo.

Aprobé varios trimestres con unas calificaciones razonables, pero el Derecho me aburría, lo mismo que la Facultad de Dere-

cho, donde se hacía mucho hincapié en la lectura y la memorización de casos. Hacia finales de año ya casi no asistía a clase y me expulsó el decano, Edward Levi (que volvería a aparecer en mi vida un decenio después). A mí no me preocupó lo más mínimo porque sabía que el rector había cumplido con su deber. Mi única pena es que Brainerd murió en 1965 y no me vio destacar en otro campo.

Los siguientes meses son una especie de nebulosa. Pensé en cursar Económicas y llegué a asistir a algunas clases. Pero no. Mientras estudiaba Derecho, había trabajado unos meses a media jornada vendiendo cerveza y whisky en un Walgreens de las afueras, en la zona de Evergreen Park, en el límite sudeste de Chicago, y empecé a hacer lo mismo a jornada completa en el Walgreens de Hyde Park. Una noche, dos escritores a los que admiraba enormemente, Saul Bellow y Richard Stern, entraron a comprar bebidas. Stern, cuyo seminario sobre escritura de ficción había cursado cuando estaba en la universidad (era él quien escogía personalmente a los alumnos), consiguió que me avergonzara simplemente porque me preguntó qué estaba haciendo yo allí.

Fue en ese contexto de indecisión sobre mi futuro cuando, mientras me tomaba una cerveza en un bar del barrio, me tropecé con un tipo al que conocía pero que no lograba situar. Se llamaba Peter Lacey y él mismo se encargó de recordarme que había intentado «robarme» la novia hacía un año, más o menos, en una fiesta. Nos reímos un rato y empezamos a hablar mientras nos tomábamos unas cervezas. ¿A qué me dedicaba? Vendía whisky. Peter me contó que trabajaba en la revista *Time*, o que quería trabajar allí, pero que había iniciado su carrera en el periodismo como aprendiz de reportero en la Agencia de Noticias de la Ciudad (City News Bureau, CNB) de Chicago. La City News, según supe luego, la fundaron a principios de siglo los periódicos de la ciudad para contar con unos periodistas que cubrieran la información de tribunales y sucesos,

con lo que ahorran un dinero y un personal que podían destinar a los peces gordos. La agencia se centraba sobre todo en la delincuencia callejera, que abundaba en Chicago, y sus noticias servían de pauta para los grandes rotativos de la prensa diaria. La City News había alcanzado una breve notoriedad gracias a *The Front Page* [Primera plana], una comedia teatral de éxito constante (posteriormente llevada al cine), escrita por Ben Hecht y Charles MacArthur.

Parecía divertido, sobre todo porque Lacey también me había contado que la agencia contaba con dos vías de contratación de su siempre cambiante plantilla de periodistas: la mitad procedían de la prestigiosa Escuela Medill de Periodismo de la Northwest University y la otra mitad, de personas con título universitario que solicitaban un puesto. En realidad no tengo ni idea de si aquello era así, pero era lo que creía en aquella época. Así que me acerqué hasta la oficina de la CNB, que estaba en el centro de Chicago, y rellené un formulario. Ni ellos me pidieron referencias ni yo las aporté. Un chico de los recados me dijo que me llamarían cuando llegaran a mi nombre. Unos meses después, me cambié de apartamento, sin pensar siquiera que la City News tenía mi dirección y mi teléfono antiguos. Pasaron varios meses más y yo seguí vendiendo whisky, avergonzado de lo que hacía y disfrutando sin ninguna vergüenza de mi libertad, una libertad de la que no había disfrutado desde la enfermedad de mi padre. Me pasaba los días leyendo a autores modernos y a otros no tan modernos (William Styron, Norman Mailer, Phillip Roth, Nelson Algren, James Farrell) y anotando en un cuaderno todas las palabras que no conocía, como «amanuense» y «alias». Durante mucho tiempo, mi novela favorita fue la afamada obra de Saul Bellow *Las aventuras de Augie March*, que va sobre un joven de Chicago, como yo, que no salía adelante en la vida.

Un viernes por la noche, después del trabajo, me invitaron a una partida de póquer en el apartamento del que me había

ido hacía poco y que ahora ocupaba un grupo de universitarios que, a diferencia de mí, sabían jugar a ese juego de cartas. Hacía las dos o las tres de la madrugada ya me había quedado sin blanca y decidí echarme en el sofá de aquel salón deprimente que tan bien conocía. A la mañana siguiente, poco después de las nueve (estaba profundamente dormido), sonó el teléfono. Respondí yo. Era un editor, se llamaba Ryberg y llamaba de parte de la City News. Preguntaba por Hersh. Le dije que era yo. Me preguntó si seguía interesado en el empleo de aprendiz de periodista, me dijo que pagaban treinta dólares a la semana y que si podía empezar inmediatamente en caso de estar interesado. Le dije que sí podía. Semanas después, a medida que me iba interesando cada vez más por el mundo del periodismo, vi que Walter Ryberg, el jefe de información municipal que llegó a trabajar durante cinco decenios en la City News, estaba buscando un periodista nuevo. Cogió el montón de solicitudes y empezó a marcar números de teléfono. Si no respondía nadie o si el solicitante había cambiado de dirección, colocaba el papel debajo del montón. Es decir, que mi carrera en el periodismo empezó gracias a una partida de póquer en la que perdí todo el dinero que tenía.